

# El príncipe de Felitierra

**Maria Asunción Fuente Juan  
Cristina Vaquero**



Un día de primavera, de hace mucho tiempo, los reyes de Felitierra esperaban emocionados el nacimiento de su quinto hijo. La reina se había puesto de parto esa misma mañana y todo el mundo en palacio estaba nervioso ante el inminente nacimiento. Pero el más intranquilo de todos era, sin duda, su marido, el rey de Felitierra. La reina ya había tenido cuatro hermosas hijas y durante los embarazos anteriores no hubo complicación alguna, pero el último había sido distinto. La reina se había sentido mal desde el principio, hasta el punto de que durante los dos últimos meses no pudo andar. El rey temía que ese parto fuera más largo y con más dificultades, y esperaba impaciente en la antesala de los aposentos de su esposa. En el silencio de la sala, sólo se oían los susurros de algunas mujeres malintencionadas de la corte.

—Definitivamente, es demasiado vieja para ser madre —murmuraba una.

—Sí, no sé cómo se le ha ocurrido tener un hijo a estas alturas. Normal que tenga un parto tan largo —contestaba la otra.

—¡Y lo que puede pasar aún! —exclamaba una tercera.

Estos comentarios fueron interrumpidos por la ansiada noticia. ¡La reina había dado a luz a un precioso niño!

—¡Le llamaremos Quinto! —anunció el rey, eufórico—. ¡Que la noticia llegue a todo el reino!

Y declaró cinco días de fiesta para celebrar el nacimiento.



Los reyes se sentían dichosos por la llegada de su nuevo hijo. Sin embargo, una sombra de preocupación crecía entre ellos.

—¿No crees que es más delgado de lo normal, cariño? —dijo la reina mientras sostenía al niño en sus brazos—. ¿Crees que soy demasiado vieja para ser madre?

—En absoluto, querida —respondió el rey, escondiendo su propia inquietud—. Quinto crecerá sano y fuerte, y será la viva imagen de nuestro reino. ¡Quinto I de Felitierra!

La reina no se tranquilizó. Atormentada por estos pensamientos, se obsesionó con la salud del pequeño, al que cuidaba día y noche. Y cuando a los pocos meses de su nacimiento Quinto cogió su primer catarro, ordenó que nadie, ni siquiera sus hermanas, se acercara a menos de dos metros del niño por si le contagiaban alguna enfermedad. El pobre niño quedó aislado del resto del mundo y se convirtió en un bebé protestón y llorica. Pero a pesar de estas precauciones, Quinto siguió acatarrándose con frecuencia, y su madre pensó que se debía a que sus continuos berrinches lo debilitaban. Para evitarlo, promulgó un nuevo decreto. Nadie, bajo pena de muerte, podía contrariar ni enfadar al príncipe. De esta manera, Quinto llegó a ser el niño más mimado y caprichoso del reino.

Los primeros años de la vida del príncipe transcurrieron encerrado en una gran habitación, rodeado de juguetes y siempre bajo los atentos y constantes cuidados de su madre, que lo levantaba, lavaba, peinaba, vestía, alimentaba, arropaba y hasta le daba la comida. Lo mimaba tanto que Quinto no aprendió ni a limpiarse los mocos.

El rey acudía todas las tardes para jugar un rato con el niño. Siempre le llevaba un juguete. Los que más le gustaban a Quinto eran los peluches. El suelo estaba lleno de ellos y era imposible cruzar de un lado a otro de la habitación sin pisar al menos uno.

—¡Hola, papá! ¿Qué me has traído hoy? —dijo Quinto mientras abría apresuradamente el paquete que su padre le acababa de dar—. ¡Buaaa, buaaa, buaaaa! —comenzó a llorar—, cada día me traes juguetes más feos. ¡Te he dicho mil veces que no quiero peluches pequeños como éste, quiero peluches GRANDEES!

—Pero, hijo, tu habitación está completamente llena. No cabe uno grande —respondió el rey.

—Mamá, snif, snif, mamá! Papá no quiere regalarme un peluche grande —gritó Quinto pataleando.

—Por favor, cariño, no hagas llorar al niño, que enfermará — dijo la reina mientras se acercaba a Quinto y lo abrazaba—. No llores más, cachorrín mío. Papá irá a buscar un peluche muy muy grande para ti.

Quinto dejó de llorar y el rey, resignado, salió a buscar otro juguete. Le compró la familia de osos más grande que encontró: el papá oso, la mamá osa y los dos ositos hijos. Apenas podía ver mientras caminaba con los cuatro osos en los brazos. Por eso, cuando entró en la habitación de Quinto, se tropezó con uno de los peluches y cayó de bruces. Se quedó con la cara aplastada contra el suelo mientras papá oso, mamá osa y los dos ositos salían volando y caían encima de Quinto, que quedó enterrado bajo ellos.

—¡Mamááá! ¡Papááá! ¡Socorro! ¡Los peluches me quieren matar!

La reina y el rey corrieron a ayudar al niño. Levantaron los osos uno a uno hasta que encontraron a Quinto, que estaba muy asustado, llorando y encogido como un ovillo.

—¿Estás bien, cielín? —preguntó la reina—. ¡Que venga el médico! ¡Rápido! ¡El príncipe está herido!

Quinto aún temblaba de miedo cuando llegó el médico. El doctor lo auscultó, le puso el termómetro y luego se reunió con los padres.

—El príncipe se encuentra bien —dijo—. Sólo ha sido un susto. Como Quinto siempre ha vivido aislado, los sustos le afectan más que a los otros niños. Lo mejor es que beba un vaso de leche templada y duerma un poco. Mañana se sentirá mejor.

Siguiendo las instrucciones del doctor, los reyes dejaron a Quinto durmiendo y se fueron a descansar. Había sido un día muy largo.

¿Qué importaba mi opinión?



### III

La reina se tumbó en la cama en cuanto llegaron al dormitorio. Estaba agotada. El rey, por el contrario, paseaba intranquilo por la habitación hasta que, finalmente, dijo:

—Querida, creo que ha llegado el momento de que nuestro hijo se incorpore a la vida social. Su salud es buena y le vendría bien jugar con otros niños y conocer el mundo.

La reina se puso en pie alarmada.

—¿Estás seguro? Quinto es un niño muy sensible. No quiero que nadie le haga daño. Además, aún es muy pequeño, ¡si no sabe ni limpiarse los mocos!

—No te preocupes. Quinto es un niño muy inteligente y aprenderá rápidamente.

—¿Y si nadie quiere jugar con él? Quinto se enfadará... y comenzará a llorar..., y ya sabes lo que le pasa cuando coge un berrinche.

—Quinto es un príncipe y todo el mundo lo tratará con respeto. Seguro que tendrá muchos amigos.

—Y si se cae al suelo y se hace daño? ¡Le saldrá una herida!

La reina estaba cada vez más nerviosa, los ojos le brillaban mucho y parecía que iba a romper en gritos y sollozos.

—Tranquilízate, cariño —dijo el rey muy dulcemente—. No le pasará nada. Escucha, lo presentaremos en sociedad el día de su quinto cumpleaños. Organizaremos una gran fiesta y recibirá muchos regalos. Allí podrá conocer a toda la corte y todos estarán deseosos de saludar al príncipe y de ofrecerle su amistad.

—Vale, pero si algo sale mal... —consintió la reina con muchas dudas.

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

El rey besó a su esposa y los dos se fueron a dormir.

## IV

Era 5 de mayo, y toda la corte se había reunido en el salón principal del palacio para celebrar el cumpleaños del príncipe. Las damas llevaban trajes lujosos y todos los caballeros iban de gala. Las paredes del salón estaban cubiertas de tapices y del techo colgaban estandartes y globos. Las mesas lucían repletas de manjares y la orquesta tocaba sin cesar un precioso vals. Todo parecía perfecto en Felitierra. Pero a la hora de apagar las velas, ocurrió un incidente que nadie podría olvidar durante muchos años. Del agujero derecho de la nariz del príncipe salió un enorme moco que se quedó colgando como si fuese el péndulo de un antiguo reloj de pared. El gran moco tenía un aspecto asqueroso, era verde y unas veces parecía más claro y otras más oscuro, dependiendo del ángulo desde el que se mirase. Además, parecía estar vivo porque temblaba cada vez que el príncipe se movía. A pesar de lo desagradable que resultaba, nadie se atrevió a decirle al príncipe que tenía un gran moco. Tras unos instantes de desconcierto, la reina comenzó a aplaudir y todos los demás la siguieron. El príncipe, complacido, comenzó a reír y dar palmas, y gritaba señalando al moco:

—¡Mirad lo que tengo! ¡Mirad lo que tengo!

Los reyes, que no querían enfadar a Quinto, ordenaron que continuara la celebración. Aunque nadie probó la tarta ese

día, los invitados disfrutaron del baile y entregaron los regalos. Al final de la tarde, se despidieron del príncipe y abandonaron el palacio. Todos agradecieron que a los príncipes se les besara en la mano en vez de en la cara.



## V

Los reyes se quedaron solos en el Gran Salón. Estaban muy preocupados. Todo el mundo había visto el moco saliendo de la nariz del príncipe y no lo iban a olvidar fácilmente. Quinto estaba a punto de convertirse en el hazmerreír del reino.

—Querida, deberíamos decirle a nuestro hijo que le ha salido un moco de la nariz —sugirió el rey.

—No sabes lo que dices. ¡Menudo berrinche cogería!

—Pero, querida, alguna vez se enterará. Es inevitable que, en algún momento, alguien le diga que lleva un moco colgando y entonces será mucho peor para él.

—¡Nunca! —gritó la reina enfurecida—. Nadie se atreverá a decirle nada a Quinto, al menos no mientras yo sea la reina.

—¿Y cómo piensas impedirlo? —dijo el rey en un tono un poco más alto.

La reina caminaba enfurecida de un lado a otro de la habitación. Tanta rabia tenía que los pelos se le habían puesto de punta y le rechinaban los dientes. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Ordenaremos retirar la palabra “moco” del diccionario, así nadie podrá usarla y Quinto nunca conocerá la verdad.

Al rey no le pareció una buena idea, pero, temiendo un gran berrinche de Quinto, accedió a los deseos de su esposa y al día siguiente retiró la palabra “moco” del diccionario de la lengua de su país.

Mientras sus padres discutían, Quinto estaba en su cama durmiendo plácidamente. Había sido una fiesta preciosa y le habían regalado muchas cosas.

## VI

Al despertarse, Quinto se miró al espejo y vio con más detalle el enorme moco verde colgando. Entonces recordó los aplausos y felicitaciones del día anterior y pensó que el moco era un regalo.

—¡Mamááááááá! —gritó Quinto con todas sus fuerzas—.

El rey y la reina se levantaron de la cama de un salto. Los dos quisieron salir por el mismo lado, chocaron y se cayeron rodando por los suelos.

—¡Papáááááááá!

El rey, que no acertaba a levantarse, comenzó a gatear con las sábanas enredadas en una pierna. Cuando consiguió levantarse, corrió en pijama por el pasillo que conducía a la habitación de Quinto. Con el nerviosismo, la reina no acertaba a ponerse las zapatillas y le seguía a la pata coja. Cuando entraron, vieron a Quinto sentado frente al espejo.

—¿Qué te pasa, tesorín? —preguntó la reina, asustada—.

—¿Cómo se llama mi nuevo adorno?

—¿Adorno? ¿Qué adorno? ¡Ah, sí! ¡Ese adorno! Pues... —la reina tenía que inventarse algo—, pues... “lamparón”, mi estrellita.

—¿Y qué es un lamparón?

—... Es... es como una enorme bombilla nacida de tu ingenio, un signo de tu gran inteligencia.

—¿Y yo lo tengo porque soy muy listo?

—Sí, corazoncito. Lo tienes porque tu mente está tan llena de buenas ideas que no te caben todas en la cabeza y te salen por la nariz. Sólo los príncipes muuuuyyyy listos tienen lamparones —concluyó la reina—.

El rey casi se desmaya al oír una explicación tan absurda, pero no se atrevió a contradecir a su esposa. Quinto se sentía tan halagado por la idea de ser más inteligente que los demás que creyó a su madre sin vacilación, y, a partir de entonces, se paseaba por el palacio luciendo su enorme “lamparón”. Tan orgulloso estaba de él que comenzó a adornarlo con piedras preciosas para que brillase y lo pudieran ver mejor todos los habitantes del reino.



## VII

Pero la vida con un enorme moco no es fácil, ni siquiera para un príncipe. El primer problema apareció ese mismo día a la hora de comer. Al inclinar la cabeza, el lamparón comenzó a balancearse delante de su boca. Cuanto más acercaba la cara a la cuchara, más se acercaba el moco a la sopa. Como Quinto no quería que el lamparón se hundiese en el caldo y desapareciese disuelto entre los fideos, ese día no comió. La misma escena se repitió día tras día.

La reina, alarmada por la inapetencia del príncipe, llamó con urgencia a los cinco sabios del reino y les ordenó que inventaran un artilugio que permitiese al joven príncipe comer sin peligro para su lamparón. Los sabios fueron encerrados en el Salón del Conocimiento hasta que dieran con la solución.

—Podríamos fabricar una cuchara lateral —propuso el sabio número 1—. Así, el príncipe podría acercar la cuchara a la cara por un lado, en vez de por el frente, y evitaría que se chocara con el lamparón.

—Por más que modifiquemos la forma de la cuchara —dijo el sabio número 2—, el príncipe deberá inclinar la cabeza para acercar la boca al plato; si no, se le caerá la comida y se manchará.

—En vez de acercar la boca al plato, el príncipe podría coger el plato con las manos y acercarlo a la cara —sugirió el sabio número 3.

—¿Y cómo cogería la cuchara? —preguntó el sabio número 4—. No es fácil coger la cuchara y el plato a la vez. Necesitamos un invento mejor o la reina no nos dejará salir de aquí nunca.

Todos se quedaron pensando en silencio. Necesitaban idear algo que permitiera comer al príncipe. El sabio número 1 dibujaba esquemas de máquinas muy complicadas en su cuaderno. El sabio número 2, un experto en cálculos matemáticos, anotaba un montón de números en una tira de papel higiénico. El sabio número 3 miraba fijamente a la pared, con la cabeza apoyada entre las manos. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no se daba cuenta de que un mosquito le estaba picando en la punta de la nariz. El sabio número 4 limpiaba su colección de flautas. Cogía una flauta. Soplabla por un extremo para expulsar el polvo de su interior y después introducía un pequeño paño por un extremo y lo sacaba por el otro. De repente, el sabio número 5, que lo estaba observando, dijo:

—¡Lo tengo!

Todos dejaron lo que estaban haciendo y lo miraron sorprendidos.

—La única manera de que el príncipe no necesite reclinarsse sobre la sopa, ni tampoco coger el plato de sopa con las manos, es que encontremos una forma de que la sopa suba desde el plato a la boca del príncipe, ¿no es verdad? Pues veréis.

Se levantó, se acercó a la estantería de las herramientas y cogió una especie de tubito fino y largo de madera que se utilizaba para fabricar cerbatanas. Después, llenó un vaso de agua, introdujo el tubito y comenzó a inspirar por la boca. El agua ascendió por el tubo y se la bebió.

—¿Qué os parece? —dijo al final de su demostración.

Todos aplaudieron y, felices por haber encontrado la solución, estuvieron de acuerdo en llamar a este invento, “pajita”.

## VIII

Pero comer fue sólo el primero de una larga lista de problemas a los que el príncipe tuvo que enfrentarse a causa de su gran moco. El moco crecía con cada resfriado y al príncipe le resultaba difícil hacer cosas cotidianas como correr, saltar o montar a caballo. Cada vez que se movía de forma rápida o violenta, el moco se movía arriba y abajo, asustando al príncipe, que temía que se desprendiera del agujero de la nariz y perder así toda su inteligencia. Quinto llegó a sentir terror a realizar cualquier movimiento y pasaba la mayor parte de su tiempo reposando. Cada vez estaba más gordo.

La reina volvió a reunir a los sabios del reino en el Salón del Conocimiento. Esta vez fue el sabio número 2 el que, tras una breve discusión con sus compañeros, sugirió el invento que haría más fácil la vida del príncipe. Se trataba de una especie de caja con tres ruedas en la que se podía introducir el lamparón. El príncipe sólo tenía que poner el lamparón en la caja y empujar. El lamparón y la caja rodarían delante de él, evitando así tener que llevar el moco colgando cuando se movía. A este nuevo invento lo llamaron “cohecito” y se hizo bastante popular en el reino, sobre todo entre las jóvenes madres, que lo utilizaban para llevar a sus bebés.



Pero lo peor de todo no fue ni lo de la sopa ni lo de no poder moverse, ni siquiera el no poder ver su cara en el espejo, siempre parcialmente oculta detrás del lamparón. Lo peor de todo fue que el príncipe nunca aprendió a leer bien.

## IX

Como todos los niños de su edad, el príncipe acudió al colegio. Pero no era un colegio como los que hay en todas las ciudades, sino un pequeño salón del palacio al que acudían sólo los hijos de los nobles. Quinto se sentó en el asiento que estaba más cerca del profesor. Intentaba leer, pero el lamparón se interponía entre el libro y él, haciéndole muy difícil distinguir las letras. Mientras los demás niños progresaban rápidamente y ya eran capaces de leer libros con muchas páginas, él tenía dificultades incluso para leer su propio nombre. El profesor quiso ayudarle y escribía todo en la pizarra para que él pudiera verlo mejor. Pero aun así, Quinto avanzaba más lentamente que el resto de sus compañeros. Para un niño mimado y caprichoso como Quinto, era muy difícil aceptar que los demás hicieran algo mejor que él. Por eso, sin que nadie supiera muy bien el porqué, el príncipe comenzó a odiar a sus compañeros; luego odió los libros, luego al profesor y, finalmente, odió el colegio. Una mañana, se negó a ir a las clases. Ese día Quinto se quedó en la cama. Y también al siguiente, y al siguiente.

El profesor, preocupado por su ausencia, pidió audiencia a los reyes. Esa misma tarde, los reyes le invitaron a tomar el té. Los tres se sentaron en una mesa redonda al lado de un ventanal, mientras Quinto jugaba con sus peluches.

—Sus majestades —comenzó el profesor—. Hace varios días que el príncipe no va al colegio. ¿Puedo preguntar la razón?

—Quinto no quiere ir a su escuela —respondió la reina, bajando la cabeza con cierta vergüenza—.

—Pero, majestad, un príncipe debe aprender a leer. Necesita ser un hombre sabio para gobernar a su pueblo.

—Quinto, ven aquí un momento —dijo el rey—. ¿Has oído lo que ha dicho el profesor? Tienes que ir al colegio para aprender a leer y llegar a ser un hombre sabio.

Quinto, que no quería volver al colegio, decidió utilizar el truco de siempre. Corrió hacia su madre, se agarró a sus piernas y comenzó a decir con cara muy triste:

—Yo no quiero ir a la escuela, mamá. Las clases son muy aburridas y todos los niños son muy tontos y me odian. Ninguno tiene lamparón.

—Pero, hijo —intervino el rey—, el profesor tiene razón: para ser un buen príncipe, tienes que ser un hombre sabio.

—Yo ya soy sabio, ¡y muy inteligente! ¿Es que no lo ves? —dijo señalando el moco—. Si me obligáis a ir, enfermaré.

A Quinto se le había puesto la cara muy roja, como cuando estaba a punto de tener uno de sus berrinches. La reina, viendo la reacción del niño, se apresuró a contestar:

—Nuestro hijo es muy inteligente, y no necesita ir a ese horrible colegio suyo. Por favor, profesor, ¡váyase! ¿Es que no ve que le va a hacer llorar?

—Pero, majestad —insistió el profesor—, los habitantes de este reino confían en la sabiduría y buen criterio de sus reyes. Si nuestro pueblo se enterase de que Quinto no sabe leer bien, dejarían de confiar en él y en toda la familia real. Y ustedes no desean eso, ¿verdad?

—Quinto —continuó el profesor, dirigiéndose ahora al niño—. ¿No querrás que todos tus súbditos sepan leer mejor que tú? ¿A que no?

Quinto se puso aún más rojo y estaba a punto de explotar en una monumental rabieta cuando su madre zanjó la discusión.

—Eso no pasará porque si Quinto no sabe leer, nadie sabrá. Desde mañana, cerraremos las escuelas y se quemarán los libros. Cuando Quinto sea mayor, todos los habitantes del reino serán tan ignorantes como él.

—¡Pero, majestad! —se atrevió a decir el profesor—. ¡Eso es una atrocidad!

—Se hará lo que yo diga, que para eso soy la reina. Profesor, ¡salga inmediatamente de mi palacio y no vuelva jamás!

A partir de ese día, en el reino se cerraron las escuelas, se quemaron los libros y nadie aprendió a leer. En cuanto al príncipe, su ignorancia y el lamparón crecieron con él.



## X

La vida de Quinto transcurrió sin grandes novedades hasta el día de su mayoría de edad. De nuevo, toda la corte se encontraba reunida en el gran salón del palacio para festejarlo. Era un espléndido día de primavera y los rayos de sol entraban por las ventanas. Una gran tarta con dieciocho velas estaba colocada en medio del salón y los invitados esperaban en silencio a que el príncipe apagara las velas y diera comienzo al baile. Fue entonces cuando ocurrió el segundo acontecimiento más importante en la historia de Felitierra y que nadie olvidaría jamás. Alguien abrió una ventana y la corriente de aire apagó una de las velas, de la que empezó a salir un hilillo de humo. El humo alcanzó la nariz del príncipe, que sintió un pequeño cosquilleo en su interior. Quinto intentó olvidarse del cosquilleo y continuar con la ceremonia, pero el picor creció hasta hacerse insoportable. Sin poder evitarlo, abrió la boca, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y lanzó un terrible estornudo que hizo volar los vestidos de las damas y temblar los cristales del salón en el que se encontraban. Cuando el príncipe abrió los ojos de nuevo, todos los asistentes miraban asombrados los dos enormes mocos que ahora le colgaban de los agujeros de la nariz.

Quinto enseguida adivinó que se trataba de un nuevo lamparón. Le alegraba tener un lamparón más porque significaba que era más inteligente. Pero, con los dos agujeros ta-

ponados, respiraba con mucha dificultad. Mientras daba un gran suspiro intentando llenar sus pulmones con el aire que inspiraba por la boca, empezó a sentir otra vez un cosquilleo similar al anterior. Retuvo el aire en su interior intentado evitar el estornudo, pero su esfuerzo fue en vano. De nuevo se le abrió la boca, esta vez más grande que la vez anterior, los ojos se le entornaron, inclinó la cabeza hacia atrás, y soltó el estornudo más grande que hubiera soltado jamás. Para sorpresa de todos los reunidos, el estornudo fue acompañado por una nube de moco verde que se esparció por toda la sala. La indignación de los presentes no podía ser mayor. Tenían el pelo, la cara y los trajes manchados, y todos abandonaron el salón sin ni siquiera despedirse. La reina corrió detrás de ellos pidiéndoles que se quedaran, pero no pudo evitar la huida. Volvió al lado de Quinto que, desesperado, intentaba recoger los mocos con una cuchara.

—Mamá, ¿qué podré hacer ahora sin mi lamparón? He perdido mi inteligencia. ¡Seré tonto!

La reina necesitaba inventar rápidamente algo que consolara al príncipe y acabara con aquella dolorosa situación. Así que improvisó.

—Mi cielín —dijo, cogiéndole la mano—. No has perdido nada. Tu lamparón se ha caído porque has llegado a la mayoría de edad. Pero sigues teniendo tu ingenio.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Dónde está ahora mi ingenio? ¿Cómo podrán salir las ideas que no me quepan en la cabeza? —insistió Quinto.

—Ahora está... está... en... la barba. ¡Ves qué hermosa te ha crecido! Pues aún te crecerá más, y cuánto más crezca, más sabio serás.

El príncipe creyó la explicación de su madre y, aliviado, se retiró a descansar. Esa noche cenó la sopa con cuchara.



## XI

Al día siguiente, Quinto se despertó más descansado que nunca. Sin los lamparones, podía respirar mucho mejor y, por primera vez en mucho tiempo, había tenido felices sueños. Tan contento estaba que después de desayunar pidió su caballo para salir a dar un paseo por el reino. Era un día soleado, las flores llenaban los campos y los pájaros cantores alegraban todos los caminos del reino. Quinto se subió al caballo, comenzó a cabalgar y se sintió libre. Cabalgó y cabalgó, y se perdió.

Al caer la tarde, cansado y un poco asustado, se detuvo en una cabaña en medio del bosque a pedir ayuda. Llamó, y un hombre bajo y barbudo con un bebé lleno de mocos en los brazos apareció en la puerta. El príncipe, creyendo encontrarse ante un poderoso monarca y su hijo, se dirigió a ellos con respeto y humildad.

—Perdóneme por llamar a su puerta sin haber pedido audiencia, su majestad —dijo el príncipe, inclinándose ante el campesino—. Soy el príncipe Quinto I de Felitierra. Esta mañana salí a pasear a caballo y me he perdido. ¿Podría usted ordenar a alguno de sus caballeros que me acompañe hasta mi palacio?

El campesino no entendía lo que estaba pasando, pero, divertido por la indumentaria y el discurso del príncipe, llamó al resto de la familia para que se rieran con él.

—Perdone, majestad —insistió Quinto—. Como le he dicho, me he perdido y no sé cómo volver a mi palacio. Llevo todo el día cabalgando sin descanso y estoy hambriento. Ayúdeme, por favor. Mis padres, los reyes de Felitierra, le recompensarán.

Ese joven hablaba muy raro y se empeñaba en llamarle “majestad”. Pero llevaba ropas elegantes, joyas de oro y una bolsa que parecía contener monedas atada a la cintura. Y estaba solo. Era una excelente oportunidad para conseguir dinero. Así que invitó a Quinto a entrar en su casa y le siguió el juego. Los hijos de la familia se acercaron a la mesa vestidos con extrañas ropas y fingiendo ser príncipes.

—¡Que me sirvan la cena! —gritaba la hija mayor imitando a una princesa que ordenara a su criada.

—Esta noche sólo cenaré caramelos —decía el hijo pequeño, que quería aprovecharse de la situación.

—Yo también quiero caramelos. ¡Y tarta! ¡Y rápido, que tengo mucha hambre! —decía la otra hija, muy metida en su papel de princesa.

Hasta el bebé, contagiado por el entusiasmo de sus hermanos, comenzó a golpear la mesa pidiendo el biberón. La madre obedecía porque sabía que era una treta para robar el dinero del príncipe. Sirvió un poco de verdura y sacó todos los dulces que tenía, tal y como le habían ordenado. Des-

pués de cenar, los niños se fueron a dormir y el campesino invitó a Quinto a quedarse. Como la casa era muy pequeña, el único sitio que quedaba libre para él estaba en la cocina, junto al perro. Quinto estaba cansado, aún tenía hambre y el suelo estaba muy duro, pero esta vez no protestó.

Al día siguiente, el campesino y toda su familia acompañaron a Quinto hasta un camino perdido en el bosque.

—Éste es el camino que le llevará a su palacio —mintió el campesino—. Yo ya he cumplido. Ahora, deme todas las joyas y el dinero que lleva.

—Pero, majestad —contestó el príncipe—, si os doy el dinero y las joyas, ¿cómo podré comer hasta que llegue al palacio? Por favor, déjeme conservar mis pertenencias. Cuando llegue, mis padres enviarán un soldado con vuestra recompensa.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que realmente lo harás? Quiero mi recompensa ahora. Dame todo lo que llevas. ¡Ven-ga! —apremió el campesino.

—Señor, aunque usted sea rey, no puedo consentir que dude de mi palabra. Soy... soy el Príncipe Quinto I, hijo de los re... reyes de...

Quinto no terminó la frase. Observó que el campesino y su mujer habían cogido palos del suelo y los niños se habían armado con piedras. ¡Hasta el perro parecía preparado para atacar! Asustado, les entregó todo lo que tenía, se montó en su caballo y se fue tan deprisa como pudo.



Cabalgó un día entero sin encontrar a nadie. Entonces comprendió que el campesino le había engañado y que ese camino no le llevaría de vuelta al palacio. Sin mucha convicción, siguió con la esperanza de llegar más tarde que temprano a algún lugar habitado. Al amanecer del segundo día, avistó un pequeño pueblo de casas de madera, junto a un río. Decidió acercarse a pedir ayuda y se dirigió a la casa más grande del pueblo, donde pensó que viviría la persona más importante de aquel lugar.

Golpeó la puerta con los nudillos y gritó para ver si había alguien, pero no obtuvo respuesta. Entonces dio una vuelta alrededor de la casa y miró por las ventanas. Estaba vacía. Volvió a la entrada y comprobó que la puerta estaba abierta. Se sentía agotado y le pareció una buena idea entrar a descansar un rato. Había una gran habitación rectangular con pequeñas mesas y sillas de madera colocadas en hileras. Una pizarra muy grande colgaba en una de las paredes, y en las demás había estanterías con cosas que parecían libros y extraños aparatos. Todo estaba lleno de polvo como si nadie hubiera entrado allí en muchos años. Quinto cogió uno de los libros y lo frotó con la manga de su traje para limpiarlo. ¿Sería, de verdad, un libro? ¡Imposible! Su madre había ordenado quemarlos todos. Lo abrió. Sí que era un libro: esas pequeñas cosas negras que había en las páginas eran letras.

Intentó leer el título: “E... mu... de... pa... ros”. Demasiado difícil. La verdad es que nunca llegó a aprender a leer bien. Se sentó a hojearlo en una de las mesas de madera. Tenía muchos dibujos de pájaros. Los pájaros eran los animales preferidos de Quinto. Al menos sabía leer una palabra, “lo-ro”. Ésa era fácil. Siguió pasando las hojas intentando entender algo más, pero como estaba cansado, se quedó dormido. Un anciano le despertó tocándole suavemente en el hombro.

—Muchacho, ¿estás bien?

Quinto estuvo a punto de decirle que él no era un “muchacho”, sino Quinto I príncipe de Felitierra, pero prefirió callarse. Después de la experiencia con el campesino, se había vuelto más precavido.

—Sí, gracias —respondió Quinto—. Sólo estoy descansando un poco. ¿Es suya la casa? Estaba abierta, entré y me quedé dormido.

—No, tranquilo —dijo el anciano—, la casa no es mía ni de nadie. O más bien es de todos. Era la escuela antes de que la reina las prohibiera y ordenara quemar los libros. Aquí están los pocos que pude salvar.

—¡Vaya! ¿Y por qué ordenó eso la reina? —preguntó Quinto fingiendo no conocer la historia.

El anciano le miró. Guardó silencio unos segundos, sonrió y continuó hablando.

—Un día, el príncipe Quinto decidió que no quería ir al colegio. Era un niño muy testarudo y caprichoso, y su madre no

quiso contradecirle. La reina sabía que se convertiría en un ignorante total y, para evitar que sus súbditos fueran más sabios que él, ordenó cerrar todas las escuelas. Lo de quemar los libros fue para que los que sabían leer no se los leyesen a los otros.

Quinto estaba estupefacto. Toda la vida había pensado que era una persona especial, con lamparón, y ahora descubría que sus súbditos pensaban que era un zoquete.

—A propósito, ¿cuál es tu nombre? —preguntó el anciano.

—Mi nombre es... es... Marcos —mintió Quinto—. Salí a dar un paseo a caballo y me perdí. No sé volver a casa.

—Puedes quedarte aquí si quieres. Te traeré algo de comer y unas mantas para que estés un poco más cómodo.

—¿Puedo usar los libros? —preguntó Quinto.

—¿Sabes leer? —respondió el anciano, sorprendido.

—No demasiado bien.

—No veo por qué no. Siempre que no me delates, claro.

—Gracias, señor.

El anciano abandonó la escuela dejando a Quinto intentando leer El mundo de los pájaros. Ese día Quinto no pudo dormir bien. En poco tiempo, había descubierto muchas cosas sobre su reino y sobre sí mismo.

Por primera vez era consciente de su propia ignorancia y quería mejorar. Cuando por fin consiguió conciliar el sueño, pensó que, después de todo, perderse no había sido tan malo.



## XIII

El anciano propuso a Quinto que le ayudase en la casa a cambio de la comida y un pequeño salario. Él era muy mayor y apenas podía cuidar de sí mismo; al menos, eso dijo. Quinto aceptó. El trabajo en la casa no le llevaba mucho tiempo. Podía acabarlo todo por la mañana y por la tarde tenía tiempo para leer los libros de la escuela.

Alba era la nieta del anciano. Sus padres habían muerto en un accidente y, desde entonces, vivía con él. Era tímida, hablaba muy bajito, y aunque a veces parecía cansada y triste, nunca se quejaba. No parecía tener muchos amigos porque pasaba el tiempo libre jugando con su ardilla, Lola. Lola sí que parecía estar siempre contenta, sobre todo cuando le daban cacahuetes.

Aunque el carácter de Quinto se había moderado bastante desde que abandonó el palacio, aún le gustaba llamar la atención y seguía siendo un poco protestón. Le sorprendía que Alba nunca se quejara. Por eso, siempre que estaba en casa del anciano, la miraba de reajo. Le gustaba su forma de moverse, la delicadeza con la que cogía los platos para ponerlos en la mesa, el cariño con que regaba las plantas y, sobre todo, la cara de interés que ponía cuando su abuelo le explicaba algo. Pero había una cosa que le entristecía: Alba nunca sonreía.

Ese día, Quinto había terminado con las tareas antes de lo previsto y decidió hacerle un regalo. Hizo un pajarito de papel y lo dejó encima de la mesa, al lado de su plato. Cuando lo vio, Alba sonrió.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Alba tímidamente.

—Sí —respondió Quinto, complacido.

—Es muy bonito. ¿Cómo puedo agradecértelo?

—No tienes que agradecérmelo.

—¿Quieres que te ayude con la lectura? —se ofreció Alba.

—Si quieres... —respondió Quinto, ruborizado.

A partir de ese día, Alba siempre encontró una figura de papel al lado de su plato. Por las tardes, Lola y ella iban a visitar a Quinto a la escuela. Sin su lamparón, Quinto aprendió a leer perfectamente en pocas semanas. A Alba le gustaba escucharle mientras leía en voz alta. Su voz era muy dulce. Además, con tanto ejercicio, había adelgazado y cada día estaba más guapo. Mientras ellos hablaban y leían, Lola se dedicaba a comer los cacahuètes que le compraban.



Quinto parecía querer recuperar todo el tiempo perdido en su niñez. Leía toda clase de libros, de ficción, de ciencias, de historia, de geografía, de manualidades... Ya casi había acabado con todos los de la escuela cuando descubrió una carpeta llena de mapas en la estantería más alta de todas, una que sólo se podía alcanzar con una escalera. Feliz por su hallazgo, bajó los mapas y se puso a examinarlos.

- ¿Sabes cómo se llama este pueblo? —preguntó a Alba.
- Pues claro, Metis.

No tardó mucho en localizar el pueblo en el mapa y saber que en realidad estaban cerca del palacio. Sólo tenía que coger su caballo y cabalgar hacia el este. En dos o tres días volvería a estar con sus padres y a ser el príncipe Quinto I de Felitierra. Entonces, oyó un extraño ruido. Era Lola que había tirado todos los cacahuetes al suelo. Miró a Alba que los estaba recogiendo y se acercó a ayudarla. Alba olía muy bien, y a su lado siempre se sentía feliz. En unos minutos se había olvidado del palacio.

## XIV

En palacio todos estaban muy preocupados desde que Quinto desapareció. La reina había ordenado que todos los soldados lo buscasen sin descanso. Un gran ejército a caballo recorría el reino intentando averiguar el paradero del príncipe y dejando las fronteras desprotegidas. Después de varios meses de infructuosa búsqueda, el rey estaba preocupado.

—Querida —dijo el rey—. Hace meses que todos los soldados del reino están buscando a Quinto. Mientras tanto, nuestros enemigos acechan y corremos un gran peligro.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¡No podemos abandonar la búsqueda! —contestó la reina muy abatida.

—No, ¡claro que no! Pero deberíamos cambiar de estrategia. Si utilizamos todos los soldados en la batida, estamos haciendo correr un gran riesgo a la población. ¡Y al mismo Quinto donde quiera que se encuentre!

La reina sabía que su marido tenía razón. Era necesario pensar en una manera más eficiente de encontrar a Quinto y que entrañase menos peligro para los habitantes del reino.

—Podríamos dividir las fuerzas —propuso—. Tú te encargarías de vigilar las fronteras con un grupo de soldados, y yo

continuaría las labores de búsqueda con el resto. Además, así estaríamos seguros de que Quinto no abandona el reino. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. Pero ¿cuántos soldados necesitarías?

—La mitad sería suficiente. Tengo una idea para agilizar la búsqueda —contestó la reina señalando su cabeza.

La reina decretó una ley que obligaba a todos los habitantes del reino, ya vivieran en el campo o en la ciudad, jóvenes o viejos, ricos o pobres, a acercarse al palacio para ser registrados en el gran libro. Eso le daba la oportunidad de interrogarlos a todos sin necesidad de salir del palacio. Si Quinto estaba vivo, alguien tendría que haberlo visto.

En pocos días, una procesión interminable de carros y personas se dirigía a palacio llenando todos los caminos. Familias enteras llegaban para censarse y, una vez allí, eran conducidas al Gran Salón para el interrogatorio. La reina los recibía sentada en su trono con un retrato a tamaño real del príncipe Quinto a su derecha. En la pintura, Quinto aún llevaba colgando su gran lamparón y estaba muy gordo, ofreciendo un aspecto muy distinto del actual. Después preguntaba, uno a uno, a todos los miembros de la familia si habían visto al joven del cuadro. Asustados por la solemnidad del momento y la grandeza del salón, todos contestaban tímidamente: “No”. La reina entonces repetía la pregunta en un tono más alto y amenazador. Ellos, con una vocecilla aún más débil, contestaban de nuevo, “no”. Nadie recordaba haber visto al príncipe.



Había llegado el invierno, las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve y el frío era intenso, sobre todo de noche. Todos los días, Quinto tenía que ir a por leña para calentar la casa del anciano y la escuela. Esa mañana, el cielo estaba despejado y Quinto se había entretenido en el bosque un poco más de lo habitual. Al regresar, el anciano lo estaba esperando vestido muy elegantemente.

—Mi querido Quinto —dijo el anciano—, ha llegado el momento de volver a palacio.

A Quinto se le cayó toda la leña del susto.

—¿Conoce mi nombre? —preguntó muy alterado.

—Hacía mucho tiempo que no te veía, desde que dejaste de ir al colegio y tu madre me echó de palacio. Al principio no estaba seguro de que fueras tú. Pero cuando los pregoneros anunciaron la desaparición del príncipe Quinto, ya no tuve dudas.

—¿Y por qué no me dijo nada? ¿Me ha estado engañando? —preguntó Quinto bastante enfadado.

—No te he estado engañando, Quinto. Pensé que tenías derecho a elegir tu propio nombre y a llevar la vida que desea-

ras. Todos deberíamos tener derecho a eso. Además, a Alba y a mí nos gustaba tenerte cerca. Y tú parecías feliz.

—Y entonces, ¿a qué viene ahora eso de que es hora de volver? —preguntó Quinto, un poco menos enfadado.

—Todo el mundo te está buscando. Tu madre ha ordenado que todos los habitantes del reino se personen en el palacio y, una vez allí, los interroga. La vida de mucha gente se está viendo perturbada por ti y tus padres están muy apenados. Creo que deberías volver, contar la verdad y defender tu derecho a vivir de acuerdo con tus ideas. No va a ser fácil, pero eres un príncipe y te escucharán.

Quinto se quedó pensando un rato. La verdad es que echaba de menos a sus padres, pero no estaba seguro de ser suficientemente fuerte y valiente para llevar la vida que él deseaba. Además, se había encariñado mucho con Alba, era la mejor amiga que había tenido en su vida y no quería perderla.

—Volveré sólo si Alba y usted se quedan conmigo —dijo finalmente Quinto—. Necesito su ayuda.

—Bueno, tendrás que convencer a la reina de que nos deje vivir en palacio. Tal vez sea una buena forma de comenzar.

Con la ayuda del profesor, Quinto preparó un paquete con unos cuantos libros y algo de comida, luego recogieron a Alba y Lola, y ese mismo día partieron juntos hacia el palacio. A Quinto se le hizo el viaje muy largo: era el viaje de una vida, la que había llevado desde que llegó a Metis, a otra, la del príncipe que sería a partir de entonces.

## XVI

Cuando llegaron al palacio, había tanto lío que nadie parecía ver a los demás. Quinto se cruzaba con los soldados y sirvientes que antes le obedecían, y todos pasaban a su lado sin reconocerle. No era de extrañar: sin el lamparón, delgado y vestido con ropas humildes, se le veía muy diferente. Pero los perros, que no se dejaban engañar por las vestiduras, lo reconocieron rápidamente y corrieron hacia él dando saltos y moviendo la cola como siempre habían hecho. Quinto se asustó al ver que le seguían y les echó la comida que le quedaba en la bolsa para evitar que les descubrieran.

Una vez despistados los perros, el profesor, Quinto, Alba y Lola entraron en el palacio sin dificultad y, como todos los demás, fueron conducidos al Gran Salón para ser interrogados. La reina estaba sentada en su trono, mirando al frente, al lado del gran cuadro de Quinto. Al entrar, Quinto miró a su madre y le pareció más vieja y cansada que cuando se fue. Tras ser anunciados, la reina bajó la mirada hacia ellos con la intención de hacerles las mismas preguntas que a todos los visitantes. Aunque Quinto estaba muy cambiado, sólo tardó unos segundos en reconocer a su hijo. Sin decir palabra, con la cara rejuvenecida de nuevo por la felicidad y el corazón latiendo muy deprisa, se levantó y corrió a abrazarlo.

—Salí a cabalgar y me perdí —dijo Quinto, hablando entrecortadamente mientras su madre lo abrazaba—. Lo siento, mamá. Debí haber venido antes. Tengo muchas cosas que contarte.

La reina estaba tan contenta que no hizo falta explicar nada en ese momento. Ordenó que fueran a buscar al rey, que estaba en las fronteras, para comunicarle la gran noticia. Después, acompañó a Quinto a sus aposentos en el palacio. Conforme a sus deseos, el profesor, Alba y Lola se quedaron a vivir con él. Esa noche Quinto y su madre no pudieron dormir. Tenían mucho de qué hablar.



Quinto comenzó una nueva vida de príncipe. Como ya era muy mayor para ir a la escuela, estudiaba y aprendía por su cuenta con la ayuda del buen profesor y los sabios del reino. Además, sugirió algunos cambios en las leyes del reino: reabrió las escuelas, volvió a poner la palabra “moco” en el diccionario y se esforzó para que todos los habitantes del reino aprendieran a leer y escribir aunque ya fueran mayores. Estas medidas fueron recibidas con júbilo por los habitantes de su país. Los reyes se sentían felices de tener un hijo sabio y justo.

Alba se convirtió en una hermosa y sabia mujer. Quinto y ella nunca se separaron. El primer hijo de los príncipes nació un día 5 de mayo y se llamó Quinto, como su padre. Para distinguirlo, todos se referían a él como Quinto II.

## XVII

Era el día 5 de mayo, de un no tan lejano año, y toda la corte se había reunido en el Gran Salón del palacio para celebrar el primer cumpleaños de Quinto II, hijo del príncipe Quinto I y su esposa la princesa Alba. Como era costumbre, las paredes se habían cubierto de tapices y del techo colgaban estandartes y globos para celebrar el acontecimiento. Las mesas estaban engalanadas con velas y flores, y repletas de deliciosos manjares. En el centro del salón, una montaña de regalos esperaban al niño mientras una delicada lluvia de serpentinas caía sobre ellos. Quinto II entró acompañado por sus padres cuando sonaba el vals que los músicos de la corte solían interpretar en las grandes celebraciones. Los príncipes se acomodaron en los lujosos sillones que habían dispuesto para ellos e hicieron la señal que marcaba el comienzo de la fiesta. Fue entonces cuando ocurrió el tercer incidente más importante en Felitierra, aquél que nadie podría olvidar jamás porque cambiaría para siempre la vida de sus habitantes. El pequeño bebé estornudó y un pequeño moco le salió del agujero derecho de la nariz. Los invitados se miraban unos a otros desconcertados. Después, miraron al príncipe esperando su reacción. Tras unos segundos de reflexión, Quinto I cogió una servilleta de la mesa y limpió la nariz de su hijo. Los invitados, aliviados, irrumpieron en aplausos. Y éste fue el inicio de una época próspera y feliz en ese país.

El príncipe Quinto I nunca reinó. Decidió dedicarse a la ciencia y los inventos junto a su esposa, dejando las labores de gobierno a sus hermanas mayores. Se especializó en inventar aparatos que hicieran la vida más fácil y cómoda para todas las personas, especialmente las que tenían alguna minusvalía. Inventó, por ejemplo, la silla de ruedas con esquís, que también se puede utilizar cuando nieva; la estufa que no se apaga nunca, a la que no hay que poner leña; y las sillas con patas extensibles, para coger las cosas que están muy altas. Pero lo primero que hizo fue perfeccionar el limpiador de narices en que convirtió aquella servilleta. Lo fabricó en una tela más suave y ligera para que pudiera llevarse en el bolsillo, y con diferentes diseños y colores, al gusto de la época. Aún hoy, sigue siendo su invento más recordado.



**FIN**